

Los niños de México

.....
Juan Maestre Alfonso

Catedrático de la Universidad de Sevilla

Por extraño que pueda parecer son muchos los acontecimientos derivados de la Guerra Civil española que permanecen aún desconocidos para la mayoría de la opinión pública. La sociedad española fue sujeto y objeto de lo que sin duda alguna puede ser calificado como una de las más grandes tragedias de nuestra Historia. Uno de esos acontecimientos es el que cabría designar como «los niños de México», realizando un paralelismo con lo que se ha conocido como «los niños de Rusia», sobre los que sí ha existido tan abundante información, como desinformación.

La Guerra Civil española, como sabemos, fue una contienda con trascendencia internacional, tanto a nivel político, como social. La opinión pública internacional no sólo siguió sino incluso sintió con una intensidad difícil de explicarse en un mundo aún muy alejado de la «aldea global» y con medios de comunicación que, comparativamente a los actuales, eran muy reducidos cuantitativa y cualitativamente. El impacto de aquella guerra local no volvería a lograr un eco social internacional semejante hasta treinta años después con la guerra de Vietnam.

Esa sensibilización internacional originó que varios países acogieran a grupos de niños —siempre y en todas partes se pensó que temporalmente— como una manifestación para unos de solidaridad y para otros de caridad. Ha pasado a la historia el caso de Rusia y en los últimos tiempos se ha llegado a «ver» algunos de los protagonistas del éxodo infantil a México merced a reportajes televisivos, pero aún se ignora que también tuvieron «sus niños», Francia —vascos acogidos por familias vascas o sindicalistas—, Bélgica e Inglaterra —donde fueron acogidos en hogares católicos—, e incluso en Alemania e Italia, aunque éstos de adscripción nacional. Después de la guerra, la Mundial, en

España se recibiría temporalmente a niños austriacos que fueron repartidos entre «familias acomodadas».

México constituyó un ejemplo de solidaridad con la República Española. Con una de las dos España. Y de hecho pasado el tiempo con España y lo español: con la Hispanidad; componente importante del discurso ideológico oficial de la España resultante de la Guerra Civil. No deja de ser significativo y relevante de cómo los cambios socio-económicos españoles han logrado superar el dualismo histórico español que fuera el propio Rey Juan Carlos en su primera visita a México quien agradeciera la hospitalidad ofrecida allí a los republicanos españoles.

Esa solidaridad se manifestó en un apoyo político internacional; la participación de una «brigada de combatientes» —uno de cuyos coroneles fue precisamente David Siqueiros—; el envío de armamento, fusiles, ya que la industria y la economía mexicana no daban para más, aunque en cantidades masivas¹; facilidades económicas y abastecimientos; el asilo de cuantos quisieron y pudieron realizarlo, y de las instituciones que simbolizaban la República; y la acogida de este grupo de niños y niñas, acontecimiento, repito, un tanto desconocido.

Los niños de México, «de Morelia», como allí se les ha conocido por haber sido la capital del estado de Michoacán donde se les alojó, abandonaron España en plena Guerra Civil, cuando ya quedaba claro a propios y ajenos que la sublevación inicial se había convertido en un proceso bélico. Sin embargo, la decisión de recoger a medio millar de niños españoles fue formulada en la etapa inicial de la guerra: octubre de 1936. Se trató de una iniciativa tan temprana como el envío de ropa y zapatos recogido entre el pueblo de México para ayudar a la población española de las áreas en poder de la República. Fueron por tanto el primer grupo de asilados españoles.

No queda claro si la idea partió del poder ejecutivo, incluso del propio general Lázaro Cárdenas, o de grupos de

personas deseosos de prestar una ayuda a los afectados por los rigores de la guerra. Oficialmente partió de una propuesta de notables mexicanos, principalmente de esposas de personajes, presididas por la propia cónyuge del presidente doña Amalia Solorzano. Conociendo los procederes del México de aquella época resulta consecuente que se tratara de un conjunto de personas ejerciendo el papel de correa de transmisión del propio gobierno y, como quien dice, del partido gobernante.

Para comprender el auténtico valor de esta iniciativa, como todas las otras que tuvieron lugar en relación con la asistencia política y económica a la causa republicana española, hay que tener en cuenta que en México se manifestaban dos factores que en principio constituían un caldo de cultivo poco propicio a que fraguaran estas o similares acciones. México era un país sumido en un profundo subdesarrollo, sufriendo aún los estragos de la Revolución y de su coletazo la «Guerra Cristera»; donde el ajuste a los cambios socio-económicos catalizados por el proceso revolucionario estaban originando un sinfín de tensiones. México en ese periodo no había aún dado el audaz paso para nacionalizar su petróleo. Era, pues, un país pobre, donde existían amplios sectores afectados por la miseria y plagado de problemas sociales y crispaciones.

Por otro lado, ligado consustancialmente a la cultura mexicana existía —aún existe— un cierto antihispanismo que origina afluente con cierta frecuencia odio al «gachupin», inmemorial y despectiva manera de designar a los españoles. La Revolución Mexicana estimuló este antihispanismo; ocasional, superficial, contradictorio, explicado de diversas maneras pero evidente y manifiesto en el imaginario simbólico de la sociedad mexicana. Sin embargo, no parece que ambos vectores actuaran para minorar la resultante de una solidaridad auténtica, indiscriminada y desinteresada, cuyo ejemplo difícilmente se repite en la historia.

Los niños procedían principalmente de Madrid, Barcelona y Valencia, entre los que había también vascos,² murcianos y andaluces. Se concentraron primero en diversos puntos geográficos, principalmente en Madrid y Barcelona, ciudad ésta última que era donde radicaba el denominado Comité Iberoamericano de Ayuda al Pueblo Español y desde donde finalmente tomó partida la expedición.

Como la salida desde España implicaba riesgos se decidió hacerlo desde Francia, para lo que se desplazó todo el grupo hasta el puerto de Burdeos donde embarcaron en Le Mexique.³ Así oficialmente se adoptaban apariencias de una operación neutral. Las razones humanitarias no hubieran sido suficientes en un enfrentamiento tan despiadado como el que tenía lugar en España para ofrecer seguridad al viaje. Desde Barcelona hasta Veracruz, puerto de llegada, se tardó casi un mes. Se efectuó una escala en La Habana, puesto que en aquella época era muy difícil realizar el trayecto Francia-México de una sola tirada. El recuerdo de aquellos niños, hoy lógicamente adultos y muchos de ellos muy bien situados en México, es que fue agotador, aunque lo realizaron en unas condiciones que hubieran calificado de idílicas muchos de los inmigrantes que efectuaron travesías similares en el pasado siglo.

El cupo previsto fue de quinientos. No obstante por motivos desconocidos no llegó a cubrirse. Posiblemente la situación de la guerra impidió alguna salida o se dio la circunstancia de que a última hora padres dieran marcha atrás prefiriendo quedarse con sus hijos. El total de niños embarcados ascendió a 456 a los que se agrega un pequeño grupo de acompañantes adultos que aparecen en la documentación como «profesores». Cuatro de estos profesores se llevaron a sus hijos consigo, uno de ellos nada menos que a tres. Otros siete embarcados también resultaban atípicos, ya que se trataba de niños que aprovechaban el viaje para reunirse con familiares residentes en México. De los 442

restantes, los niños, 285, casi doblaban a las niñas: 157. Sus edades estaban comprendidas entre los 5 y 13 años, aunque las más frecuentes se polarizaban en torno a los 11 años.

Después de unos días de peregrinación agit-prop por México llegaron a Morelia donde se radicaron, hasta que en 1943 los que aún quedaban fueron trasladados a la capital del Estado.

Para su recepción y asistencia se creó en la capital michoateca una institución que recibió el nombre de Escuela México-España y que contaba con varios desartalados edificios, uno de ellos resto de un cementerio, y que eran antiguos bienes expropiados a la Iglesia por la Revolución. Se mantuvo la tradicional separación de niños y niñas. Las condiciones no parece que fueron excelentes, algunos testimonios las califican de muy malas,⁴ pero eran, insisto, las que México tenía posibilidad de ofrecer y superiores a las que hubieran «disfrutado» en España, aun después de la guerra.

No fue fácil la vida para estos niños, al menos los primeros años. Lógico si se considera que para la mayoría de los mexicanos tampoco lo era. Igualmente duro resultó el refugio para los «niños de Rusia», aunque en su caso gozaron de más facilidades y un bienestar muy por encima del que participaban entonces la mayoría de los rusos.

En el caso de los «niños rusos» las dificultades provinieron de fuera de su ámbito vital: rigor del clima, dificultad de la lengua, costumbres diferentes, disciplina desconocida y, sobre todo la Gran Guerra. A la mayoría les afectó el cerco de Leningrado y varios de ellos participaron de algún modo en su defensa.

Los escollos que tuvieron que superar los «niños mexicanos» podrían ser calificados de internos: derivados de las características socio-culturales del grupo o por cuestiones relacionadas con el cercano entorno mexicano.

A pesar de lo que podía esperarse, la proximidad cultural no lo fue tanto. Se dio el caso de niños que hablaban tanto

castellano como catalán a sus perplejos maestros mexicanos.

La mayoría de los niños tampoco estaban preparados psicológicamente para enfrentarse a su nueva situación y mucho menos con lo que se les avecinó. Numerosos creían que marchaban a una colonia de vacaciones. Todos, padres y autoridades incluidas, esperaban que la duración de la estancia fuera relativamente corta y sorpresivamente se percataron de modo paulatino de que se convertía en indefinida: larga guerra, derrota de la República, Guerra Mundial, época del hambre en España...

Lo conocido como «niño difícil» se ejemplificó en ese colectivo. Estaban «fogueados» por el año y medio de guerra y varios además por proceder de medios sociales en los que la lucha por la vida y la subsistencia estaban a la orden del día. Procedían de familias luchadoras y de ambientes revolucionarios o al menos altamente concienciados. Requerían por tanto un tratamiento psico-pedagógico, especializado, prácticamente inasequible en aquel tiempo para un México que, por otro lado, les ofreció lo mejor que tenía.

La vida en grupo con el tiempo no les resultó atractiva. No existió un sentimiento de colectividad que los impulsara a refugiarse internamente más allá de subgrupos tipo pandilla. Los «niños de Rusia» se sintieron integrantes de una microsociedad diferenciada de la rusa, participando de códigos de valores y de patrones culturales propios y no sólo distintos sino distantes de los dominantes en Rusia. Esta situación ejercía de fuerza centrípeta; los «niños de Rusia» se defendían internamente de las hostilidades procedentes del exterior. En el caso de los «niños mexicanos» el medio era distinto, sí, pero no distante. Pronto establecen contacto con la sociedad mexicana, a veces armoniosa, a veces conflictiva. Se originan redes de afectos y de tensiones entre españoles y mexicanos.

No pasó mucho tiempo, el necesario para alcanzar la edad suficiente, sin que se originaran parejas mixtas entre mexi-

canos y «coños» o «coñas», como por razones que no se nos escapan designaban irónicamente los mexicanos de su proximidad a estos niños. Incluso no faltó un embarazo. Si en Rusia Dolores Ibarruri se autoconstituyó con rigor ridículo en guardadora y vigilante de la moralidad y virtud de las españolitas que sintieron la mutua atracción de sus compatriotas — niños o adultos— en México fue el propio presidente de la República quien autoritariamente solucionó vía matrimonio algún conflicto de pareja.

Las tensiones con sus maestros y guardadores no faltaron y requirieron un proceso de ajuste que sólo se consumó cuando una vez finalizada la Guerra Civil los exiliados españoles crearon instituciones educativas propias como el Colegio Luis Vives o el Colegio Madrid. Esta problemática queda ejemplificada en la fuga de tres chicos, quienes desde Morelia llegaron hasta el Distrito Federal haciendo frente y abriéndose camino a través de toda suerte de dificultades. Auténtica epopeya que merecería tratamiento filmico o literario. Un niño resultó muerto como consecuencia de una aventura seguida de accidente.

Otra característica de la que participaron estos niños, lógicamente fue la de su politización. A pesar de su corta edad se encontraron influenciados por diversos factores políticos. El clima en que vivieron y no sólo en España sino también en México no podía ser para menos. Existe abundante documentación gráfica en la que aparecen con el puño en alto o portando en manifestación banderas o pancartas con contenido político. Llegaron a pronunciar pequeños discursos y participaron en mítines.

Se intentó, cuando no se consiguió, manipularlos, tanto por españoles, como por mexicanos. Su llegada dio lugar a recibimientos masivos en los que participaron varios miles de personas. Una buena parte posiblemente asistirán a los recibimientos movilizadas simplemente por simpatía, pena, solidaridad o curiosidad, bien con los «niños» o con la causa republicana. Pero muchos

otros formaban parte de una orquesta procedente de las organizaciones políticas, tanto del gobierno de México, como de partidos izquierdistas y en particular del comunista o la CTM (Central de Trabajadores Mexicanos), presidida por el comunista Humberto Toledano.⁵

Llegaron a manifestarse niveles de auténtica manipulación como cuando se logró que los niños apedrearan iglesias. Curiosamente no por ello varias niñas dejaron de recibir enseñanzas en un colegio de monjas «oficialmente clandestino». No faltaron tampoco intentos de «redimirlos» y encauzarlos por «el buen camino», intenciones en las que participaron en diverso grado familias acomodadas y católicas mexicanas o de la potente colonia española situada desde tiempos anteriores en ese país y que mayoritariamente fue partidaria del bando nacional.⁶ Se cuenta que se ofrecía regalos o dinero por asistencia a

misa o por comuniones y que existió quien cumpliera varias veces en un día para acumular recompensas.

Con el paso del tiempo, y según crecieron, los niños, que ya habían abandonado tal condición, fueron en su mayoría fagocitados por la sociedad mexicana. Unos integrándose en familias mexicanas y otros conectándose con los españoles de México, ya la «vieja colonia», como con la creada por el exilio. Algunos regresaron aún adolescentes a España.

El caso «niños de Rusia» ha sido muy conocido, mientras que fue muy poco estudiado más allá de entrevistas personales y de la abundante propaganda que en su momento llevó a efecto el régimen franquista. Sin embargo, respecto a sus paisanos en México, de los que en España se ha hablado muy poco, sí existe una relativa abundante bibliografía habiendo sido objeto hasta de estudios antropológicos.

Notas

1. No tanto como se ha asegurado. Se ha llegado a cifrar en un millón de fusiles los enviados a España; cantidad a todas luces exagerada.
2. Los vascos resultaron beneficiados, pues, además de a México, fueron los más numerosos entre los «niños de Rusia», siendo además objeto de una expedición exclusiva a Francia.
3. Además de Le Mexique más tarde y ya con refugiados o exiliados servirían de transporte hasta México los buques Flandre, Sinaia, Ipanéma, Orinoco, Leerdam, Monterrey, Siboney, Iberia y Vita, todos contratados por el gobierno mexicano a excepción del Flandre, que fue un navío de línea y el Vita, yate español que trasladó bienes y metales preciosos pertenecientes a la República. Via Nueva York, La Habana, Puerto Rico o Santo Domingo, llegarían también hasta México otros numerosos exiliados.
4. Diversas enfermedades que en la actualidad o entonces en un país industrial y avanzado no hubieran aparecido, originaron el fallecimiento de varios niños.
5. Lo que no impidió a la CTM servir de correa de transmisión entre el PRI y gobierno y el mundo sindical.
6. Sin llegar al extremo de la colonia española en Argentina o Filipinas que pretendieron crear una bandera de falange propia, españoles de México se trasladaron a España para luchar en las filas nacionales. Lo propio hicieron algunos mexicanos, dos de los cuales lograron cierta notoriedad en los frentes españoles.

Bibliografía

- Dolores Pla Brugat, *Los Niños de Morelia*, Colección Divulgación, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985.
- Emeterio Payá Valera, *Los niños españoles de Morelia*, Edamex, 1985.
- Historia de la Revolución Mexicana*, Período de 1934-1940.
- Keny Michael, *Inmigrantes y refugiados españoles en México*, Ediciones de la Casa Chata, México, 1979.
- Manuel Magaña, «Los niños de Morelia», *Revista de revistas*, núm. 39 94-95. 1986.
- Roberto Reyes Pérez, *La vida de los niños iberos en la patria de Lázaro Cárdenas*, (30 relatos), Editorial América, 1940.
- Vera Foulkes, *Los Niños de Morelia y la Escuela España-México. Consideraciones analíticas sobre un experimento social*, UNAM, México, 1953.
- Victoria Lerner, *La educación socialista en México*, El Colegio de México.
- De Cárdenas a López Portillo. México ante la República Española*, vol. II, UNAM, 1980.